



Año 4

No. 22

31 de octubre 2021

Palabra Dominical XXXI Domingo del tiempo Ordinario

Antífona de entrada

Cfr. Sal 37, 22-23

No me abandones, Señor, Dios mío, no te alejes de mí. Ven de prisa a socorrerme, Señor mío, mi salvador.

Se dice Gloria.

Oración Colecta

Dios omnipotente y misericordioso, a cuya gracia se debe el que tus fieles puedan servirte digna y laudablemente, concédenos caminar sin tropiezos hacia los bienes que nos tienes prometidos. Por nuestro Señor Jesucristo ...

Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón.

Del libro del Deuteronomio: 6, 2-6



En aquellos días, habló Moisés al pueblo y le dijo: "Teme al Señor, tu Dios, y guarda todos sus preceptos y mandatos que yo te transmito hoy, a ti, a tus hijos y a los hijos de tus hijos. Cúmplelos siempre y así prolongarás tu vida. Escucha, pues, Israel: guárdalos y ponlos en práctica, para que seas feliz y te multipliques. Así serás feliz, como ha dicho el Señor, el Dios de tus padres, y te multiplicarás en una tierra que mana leche y miel."

Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor; amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas. Graba en tu corazón los mandamientos que hoy te he transmitido". *Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.*

Salmo responsorial

Del Salmo 125

R/. Yo te amo, Señor, tú eres mi fuerza.

Yo te amo. Señor, tú eres mi fuerza, el Dios que me protege y me libera. *R/.*

Tú eres mi refugio, mi salvación, mi escudo, mi castillo. Cuando invoqué al Señor de mi esperanza, al punto me libró de mi enemigo. *R/.*

Bendito seas, Señor, "que me proteges; que tú, mi salvador, seas bendecido. Tú concediste al rey grandes victorias y mostraste tu amor a tu elegido. *R/.*

Jesús tiene un sacerdocio eterno, porque él permanece para siempre.



De la carta a los hebreos: 7, 23-28

Hermanos: Durante la antigua alianza hubo muchos sacerdotes, porque la muerte les impedía permanecer en su oficio. En cambio, Jesucristo tiene un sacerdocio eterno, porque él permanece para siempre. De ahí que sea capaz de salvar, para siempre, a los que por su medio se acercan a Dios, ya que vive eternamente para interceder por nosotros.

Ciertamente que un sumo sacerdote como éste era el que nos convenía: santo, inocente, inmaculado, separado de los pecadores y elevado por encima de los cielos; que no necesita, como los demás sacerdotes, ofrecer diariamente víctimas, primero por sus pecados y después por los del pueblo, porque esto lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. Porque los sacerdotes constituidos por la ley eran hombres llenos de fragilidades; pero el sacerdote constituido por las palabras del juramento posterior a la ley, es el Hijo eternamente perfecto. *Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.*

Aclamación antes del Evangelio

Jn 14, 23



R. Aleluya, aleluya.

El que me ama cumplirá mi palabra y mi Padre lo amará y haremos en él nuestra morada, dice el Señor. R/.

Evangelio

Amarás al Señor tu Dios. Amarás a tu prójimo.

Del santo Evangelio según san Marcos: 12, 28-34



En aquel tiempo, uno de los escribas se acercó a Jesús y le preguntó: "¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?". Jesús le respondió: "El primero es: Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es el único Señor; amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. El segundo es éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay ningún mandamiento mayor que éstos".

El escriba replicó: "Muy bien, Maestro. Tienes razón, cuando dices que el Señor es único y que no hay otro fuera de él, y que amado con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios".

Jesús, viendo que había hablado muy sensatamente, le dijo: "No estás lejos del Reino de Dios". Y ya nadie se atrevió a hacerle más preguntas. **Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.**

Se dice Credo

Plegaria Universal.

Pidamos, hermanos, al Señor que escuche nuestras oraciones y nos conceda el auxilio que necesitamos.

Después de cada petición diremos: **Padre, escúchanos**

- Por la Iglesia, para que Dios derrame en ella el Espíritu de piedad y fortaleza, suscite numerosos y dignos ministros del altar y testigos celosos y humildes del Evangelio. **Oremos.**
- Por los gobernantes, especialmente los de México, para que Dios infunda en sus corazones la voluntad de promover el bien de los ciudadanos, a fin de que todos puedan desarrollarse debidamente y reinen en el mundo la justicia y la igualdad. **Oremos**
- Por el personal médico y de enfermería y demás trabajadores del sector salud; por todos los que ofrecen su trabajo profesional o voluntario con generosidad, aún poniendo en peligro su propia vida, para que Dios los fortalezca y anime. **Oremos.**
- Por los moribundos que luchan en su último combate, para que el Señor los fortalezca, los libre de las tentaciones, salga a su encuentro y los lleve a la vida eterna. **Oremos.**
- Por nuestros familiares y amigos, para que Dios les conceda el perdón de sus pecados, una vida próspera y el don de la caridad. **Oremos.**
- Que podamos hacer eco a la profesión de fe de Pedro, que Cristo es el verdadero Hijo de Dios y que solo Él tiene dominio sobre la vida humana. **Oremos.**

Dios y Padre nuestro, tú eres el único Señor, concédenos la gracia de estar siempre atentos, para que todo nuestro ser acepte plenamente tu palabra, el Evangelio de tu Hijo, el único sacerdote para siempre. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Oración sobre las Ofrendas

Señor, que este sacrificio sea para ti una ofrenda pura, y nos obtenga la plenitud de tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Antífona de la Comunión

Me has enseñado el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia.

Cfr. Sal 15, 11

Oración después de la Comunión.

Te rogamos, Señor, que aumente en nosotros la acción de tu poder y que, alimentados con estos sacramentos celestiales, tu favor nos disponga para alcanzar las promesas que contienen. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Reflexión

Un día se acercó a Jesús uno de los escribas, preguntándole cuál era el primer mandamiento de la Ley y Jesús respondió citando las palabras de ésta: «Escucha Israel: el Señor es nuestro Dios, uno sólo es el Señor. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas», que hemos oído, e hizo de ellas el «primero de los mandamientos». Pero Jesús añadió de inmediato que hay un segundo mandamiento semejante a éste, y es: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Para comprender el sentido de la pregunta del escriba y de la respuesta de Jesús, es necesario tener en cuenta algo. En el judaísmo del tiempo de Jesús había dos



tendencias opuestas. Por un lado, estaba la tendencia a multiplicar sin fin los mandamientos y preceptos de la Ley, previendo normas y obligaciones para cada mínimo detalle de la vida. Por otro se advertía la necesidad opuesta de descubrir, por debajo de este cúmulo asfixiante de normas, las cosas que verdaderamente cuentan para Dios, el alma de todos los mandamientos. El interrogante del escriba y la respuesta de Jesús se introducen en esta línea de búsqueda de lo esencial de la ley, para no dispersarse entre miles preceptos secundarios. Y es justamente esta lección de método la que deberíamos aprender sobre todo del Evangelio de este día. Hay cosas en la



vida que son importantes, pero no urgentes (en el sentido de que, si no las haces, aparentemente no pasa nada); y viceversa, hay cosas que son urgentes, pero no importantes. Nuestro riesgo es sacrificar sistemáticamente las cosas importantes para correr detrás de las urgentes, frecuentemente del todo secundarias.

¿Cómo prevenirnos de este peligro? Una historia nos ayuda a entenderlo. Un día, un anciano profesor fue llamado como experto para hablar sobre la planificación más eficaz del tiempo a los mandos superiores de algunas importantes empresas norteamericanas. Entonces decidió probar un experimento. De pie, frente al grupo listo para tomar apuntes, sacó de debajo de la mesa un gran vaso de cristal vacío. A la vez tomó también una docena de grandes piedras, del tamaño de pelotas de tenis, que colocó con delicadeza, una por una, en el vaso hasta llenarlo. Cuanto ya no se podían meter más, preguntó a los alumnos: «¿Os parece que el vaso está lleno?», y todos respondieron: «¡Sí!». Esperó un instante e insistió: «¿Estáis seguros?». Se inclinó de nuevo y sacó de debajo de la mesa una



caja llena de gravilla que echó con precisión encima de las grandes piedras, moviendo levemente el vaso para que se colara entre ellas hasta el fondo. «¿Está lleno esta vez el vaso?», preguntó. Más prudentes, los alumnos comenzaron a comprender y respondieron: «Tal vez aún no». «¡Bien!», contestó el anciano profesor. Se inclinó de nuevo y sacó esta vez un saquito de arena que, con cuidado, echó en el vaso. La arena rellenó todos los espacios que había entre las piedras y la gravilla. Así que dijo de nuevo: «¿Está lleno ahora el vaso?». Y todos, sin dudar, respondieron: «¡No!. En efecto, respondió el anciano, y, tal como esperaban, tomó la jarra que estaba en la mesa y echó agua en el vaso hasta el borde. En ese momento, alzó la vista hacia el auditorio y preguntó: «¿Cuál es la gran verdad que nos muestra ese experimento?».

Te puede interesar...

¡Ofrécele tu sufrimiento a Dios y verás cómo todo cambia! Tienes una gran oportunidad

Sufrimiento... está presente en la vida de todos y de maneras tan diferentes. Seguro tú en este momento podrías pensar en al menos una cosa que te causa dolor o preocupación, ¿verdad?

En el Evangelio de san Lucas 9, 18-22, en el cual Pedro reconoce al Señor como el Mesías esperado, Jesús es muy claro al explicar que no vino a derrocar el gobierno de turno, ni tampoco a instaurar un reino victorioso para sus seguidores.

Deja evidente que su futuro en Jerusalén será la muerte en cruz, después de horas de agonía, mucho sufrimiento y burlas de todo tipo. Por eso debemos ser conscientes de que habrá sufrimiento, de que seguir a Cristo implica cargar la cruz, implica el fracaso en este mundo. Mientras vivamos en este mundo, que está, indefectiblemente marcado por el pecado, es imposible huir de las consecuencias en contra del amor de Dios, que se inició con nuestros primeros padres, como leemos en el libro de Génesis 2, 17.

El sufrimiento también puede tener otro sentido Por supuesto, el Señor nos promete el yugo suave y la carga ligera (Mateo 11, 30), así



como el 100 x 1, como le dijo a san Pedro (Marcos 10, 28-31). La felicidad que nos ofrece Jesucristo no es estar en los primeros puestos, ni tampoco tener en abundancia. Es más, nos dice que el que quiera ser el primero, que sea el último (Marcos 9, 35). Y el que lo sigue, no tendrá dónde reclinar la cabeza (Lucas 9, 57-58). Vino a servir y no a ser servido. Renunció y abandonó totalmente su condición divina (Filipenses 2, 26-11), asumiendo el peso de todos nuestros pecados,

que Él no haya tenido culpa de ningún pecado.

Una felicidad realista No existe una felicidad absoluta en esta vida. La vida eterna y la participación de la gloria celestial la viviremos después de la muerte (si Dios lo permite). Es iluso el que cree que aquí, durante su vida en la Tierra, encontrará una felicidad que será siempre alegría, todo será lindo y maravilloso, ausente de problemas o dificultades. Una vida tranquila, cómoda, confortable. Las heridas, enfermedades, conflictos, muertes y muchos otros tipos de sufrimiento son parte de esta vida. Así es la vida y no hay nada que cambiará esa realidad. No sirve de nada vivir dándole la espalda al



sufrimiento, tratando de huir y no enfrentar las situaciones difíciles de la vida. O tratando de encontrar compensaciones que alivien el dolor.

Aceptar el sufrimiento también es un gran paso Lo cierto es que gracias al bautismo nosotros ya participamos de la victoria de Jesús sobre la muerte, el sufrimiento y el pecado. Lo decimos una y otra vez en el Padre Nuestro: «venga a nosotros tu Reino» (Mateo 6, 10). Se trata de hacer crecer en nuestro corazón esa semilla del Reino, y poder vivir realmente esa alegría que no tiene fin. Ya es una realidad esa vida gloriosa, de la cual nosotros ya participamos. Pero el Señor nos recuerda que mientras vivamos en esta tierra los huesos seguirán rompiéndose y los corazones todavía serán heridos. Jesús no es una suerte de curandero o gurú espiritual que nos proporciona una vida placentera. Que nos promete una experiencia de felicidad a prueba de sufrimientos. Es más, nos hace tomar conciencia de lo contrario. Que seguirlo implica necesariamente aceptar los sufrimientos de esta vida. Si lo vemos

El más audaz, pensando en el tema del curso (la planificación del tiempo), respondió: «Demuestra que también cuando nuestra agenda está completamente llena, con un poco de buena voluntad, siempre se puede añadir algún compromiso más, alguna otra cosa por hacer». «No --respondió el profesor--; no es eso. Lo que el experimento demuestra es otra cosa: si no se introducen primero las piedras grandes en el vaso, jamás se conseguirá que quepan después». Tras un instante de silencio, todos se percataron de la evidencia de la afirmación. Así que prosiguió: «¿Cuáles son las piedras grandes, las prioridades, en vuestra vida? ¿La salud? ¿La familia? ¿Los amigos? ¿Defender



Ordena tus prioridades de tu vida según tu pasión

una causa? ¿Llevar a cabo algo que os importa mucho? Lo importante es meter estas piedras grandes en primer lugar en vuestra agenda. Si se da prioridad a miles de otras cosas pequeñas (la gravilla, la arena), se llenará la vida de nimiedades y nunca se hallará tiempo para dedicarse a lo verdaderamente importante. Así que no olvidéis plantearos frecuentemente la pregunta: “¿Cuáles son las piedras grandes en mi vida?” y situarlas en el primer lugar de vuestra agenda». A continuación, con un gesto amistoso, el anciano profesor se despidió del auditorio y abandonó la sala.

A las «piedras grandes» mencionadas por el profesor --la salud, la familia, los amigos...-- hay que añadir dos más, que son las mayores de todas: los dos mandamientos mayores: amar a Dios y amar al prójimo.



Verdaderamente, amar a Dios, más que un mandamiento es un privilegio, una concesión. Si un día lo descubriéramos, no dejaríamos de dar gracias a Dios por el hecho de que nos mande amarle, y no queríamos hacer otra cosa más que cultivar este amor.



desde otra perspectiva, en el fondo, lo que nos pide el Señor es que lo sigamos tal y cual somos. Ni más ni menos. Cargando nuestras alegrías y tristezas, luces y sombras. Quiere que le mostremos nuestros sufrimientos, para que pueda cargar junto con nosotros la cruz que levamos día tras día.

Un sufrimiento con esperanza. No obstante, si aceptamos y reconocemos las cruces con los sufrimientos, entonces sabremos acoger la victoria de la Resurrección de Cristo, luego de tres días de su trágica muerte. Es muy importante que entendamos este punto con claridad. Mientras no reconozcamos las heridas —de todo tipo— que llevamos en el corazón, y aceptemos el peso y gravedad que poseen, no acogeremos con apertura toda la gracia de la victoria en la Resurrección. Si no morimos con Cristo, tampoco seremos partícipes de su Resurrección (Juan 6, 39-40). Es duro decirlo, pero si no afrontamos y experimentamos la crudeza del sufrimiento que comporta cada una de nuestras cruces en esta vida, entonces no podremos saborear la fuerza que tiene la victoria de la vida que vence la muerte. La única manera de darle un sentido al sinsentido del sufrimiento es de la mano de Jesús. Él es el único que transforma el sufrimiento en una ocasión para vivir el amor. La cruz de la muerte se convierte en el árbol de la vida, y a través de la tragedia más infame de la historia de la humanidad, nace la semilla de una nueva creación.



De la muerte de Dios, brota una segunda Creación (cf. Prólogo de san Juan), se hace todo nuevo. La cruz es semilla de esperanza. Como nos dice san Pablo, la locura y necesidad de la cruz es instrumento de salvación para nosotros cristianos: razón de nuestra fe (1 Corintios 15, 14). Con nuestra fuerza humana podemos desarrollar hábitos que nos permitan, en el mejor de los casos, tener una actitud positiva ante una realidad difícil, que no tenemos cómo cambiar. Se habla mucho de vivir la resiliencia, de rescatar el ángulo que nos permita crecer y desarrollar habilidades que antes no teníamos. Sin embargo, el sufrimiento siempre seguirá siendo la «piedra en el zapato».

Solamente Cristo agarra el «toro por las astas». El sufrimiento nunca dejará de ser un misterio insondable. Las verdades de nuestra fe cristiana nos permiten comprender un poco más esa realidad, y vivirla con una actitud mucho más esperanzadora que alguien que no tiene fe.

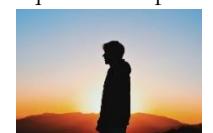
Ser protagonistas y no víctimas. Dicho esto, podemos comprender cómo el sufrimiento es una realidad imposible de ser obviada de nuestra vida. Es más, es algo tan común y presente en la vida de todos nosotros, que debiéramos aceptarla y aprender a convivir con eso de una manera mucho más natural. Así como tenemos alegría y momentos maravillosos, también tenemos tristezas y razones que nos hacen sufrir. La persona madura reconoce que tiene que aprender a vivir con eso.

Entonces, el punto no debiera ser tanto aceptar, sino más bien preguntarnos: ¿cómo vivirlo? ... de tal modo que tengamos la mejor vida posible. Es aquí donde el cristianismo tiene un tesoro riquísimo que aportar. Para nosotros creyentes el sufrimiento es una experiencia que nos une y acerca aún más a Jesucristo.

A Cristo colgado de la cruz, a Cristo sufriente. Como cristianos estamos llamados a una relación íntima de amistad con Jesús. En las alegrías y tristezas, en las buenas y las malas. Esa relación de amor implica el mismo sufrimiento. Cuando amas a alguien estás dispuesto a seguirlo y ser su amigo también en las dificultades. Entonces el camino de la cruz, el camino del sufrimiento es también una senda que te configura con Jesucristo, con su vida de entrega, sacrificio y generosidad. El sufrimiento lejos de ser algo que nos hace menos, nos permite madurar como personas y, por supuesto, como cristianos. Es un camino por el que nos vamos haciendo más personas porque amamos más. Y así nos vamos haciendo más felices, pues el amor es el camino de la felicidad. Por eso, ya sean experiencias de alegría o de dificultad, debemos asumir esas experiencias como propias.

No hacernos las víctimas de la situación, sino más bien protagonistas de nuestro sufrimiento. Entonces, el sufrimiento no se convierte en un obstáculo que me limita o determina, sino más bien una ocasión para desarrollarme y realizarme aún más de acuerdo con lo que Dios espera de mí.

Dios siempre quiere lo mejor para nosotros. No es Dios quien nos manda los sufrimientos o problemas, la vida es así mientras estamos en este mundo. Más bien, Dios se vale de todo lo que vivimos para hacernos crecer en amor, en santidad y felicidad. Por eso, por supuesto se vale también de nuestro sufrimiento para sacar lo mejor de nosotros. Es más, pareciera como de modo especial en los momentos de cruz, se preocupa con más detenimiento de nuestra situación dolorosa. Lo vemos con el hijo pródigo (Lucas 15, 11-32), con la mujer samaritana (Juan 4, 5-43), la mujer adultera (Juan 8, 1-11) y otros personajes que son rescatados por el Señor. Nunca pensemos que Dios nos envía males, porque nunca quiere nada malo para nosotros. Tampoco pensemos que quiere que vivamos determinadas situaciones para madurar. Repito, nunca quiere nada malo, se vale de las dificultades y sufrimientos para educarnos, como un padre que educa a sus hijos, y sabe que a veces tiene que exigir cosas que les costarán. Porque enfrentar las cruces y sufrimientos, aceptarlas y vivir con ellas, obviamente implica dolor. Finalmente, no pensemos que Dios no quiere estar con nosotros, que no nos escucha. Cuando sientes que no está a tu lado, mira la cruz, ahí está el Señor por nosotros.



Ahí estará hasta que el último enemigo sea derrotado: la muerte (1 Corintios 15, 26). Tal vez solo logremos comprender el misterio del sufrimiento en el cielo, pero mientras tanto, lo que sabemos con certeza es que Dios no se desentendió de nosotros.

Sino que se hizo hombre para acompañarnos en nuestro dolor. Además, murió en la cruz por cada uno y se quedó en un pedazo de pan, para fortalecernos cada vez que lo necesitamos.

Si te sientes solo, búscalos en una capilla dónde haya un sagrario, acércate a la confesión o recuerda estas cinco cosas.

Él está constantemente tocando a la puerta de tu corazón. Escúchalo y déjalo entrar para que puedas cosechar muchas bendiciones de ese sufrimiento que parece no tener sentido (Apoc 3, 20).

